

La creación del instante*

Domingo Hernández
Sánchez

Se traducen ahora, en un mismo volumen, dos textos de Benjamin claramente representativos de ese estilo de *collage*, que caracteriza la obra del autor alemán. Por un lado, *Crónica de Berlín*, versión previa de *Infancia en Berlín hacia 1900*, por el otro, el texto que da título al libro que comentamos, *Personajes alemanes*, una colección de tarjetas postales escritas la mayoría por autores en cierto modo oscuros de la historia alemana, de segunda fila, si se quiere, y acompañadas cada una de ellas por un breve comentario de Benjamín. El hecho de que ambos textos hayan sido asentados en el mismo volumen no es casual: tanto la *Crónica de Berlín* como *Personajes alemanes* pueden entenderse a partir de un único argumentativo, ese hilo que se desliza por los detalles, que alude a momentos presuntamente insignificantes y recupera lo pequeño, lo breve, lo situado al margen en el devenir de la historia. Los dos textos que vamos a comentar son dos modos convergentes de seguir ese hilo, el primero lo hace mediante *una* historia, la de Benjamin, la de Benjamin paseando por la ciudad y deteniéndose ante todo en los

* Benjamin W.: *Personajes alemanes*. Barcelona: Paidós ICE/UAB (trad. L. M. de Velasco), 1995, 152 pp.

La Balsa de la Medusa, 37, 1996.

umbrales, en las escaleras, en las fachadas, en las puertas... El segundo, por su parte, parece acercarse a *la* historia, la de un país y una época, la de una cultura y una ideas, y, sin embargo, sólo lo parece. Los medios empleados, esos textos ajenos al propio autor que devienen suyos, que se conforman como *personajes* de una obra y un autor concretos, crean *otra* historia, *una* historia narrada, formada mediante cartas transcritas, arrancadas, por tanto, de su vida privada, que conducen, de nuevo, a la historia... *de* Benjamin.

Crónica de Berlín, a pesar de ser una primera versión de una obra posterior, merece ser comentada independientemente de su composición definitiva, y no sólo por el hecho de que haya diferencias suficientes con respecto a *Infancia...* como para poder distinguir entre ambas, sino, sobre todo, porque lo que más interesa ahora es entenderla teniendo constantemente a la vista *Personajes alemanes*. Si se parte de esta base, el propio Benjamin ayuda en el comentario de su *Crónica*: «Por mucho que puedan extenderse, los recuerdos no representan siempre una autobiografía. Y este escrito, desde luego, no lo es, ni siquiera de los años berlineses de los que estoy hablando. La autobiografía tiene que ver con el tiempo, con el transcurso de las cosas, o sea, con todo lo que representa el constante fluir de la vida. Pero aquí de lo que se trata es de un espacio, de unos instantes y de algo que no fluye» (44). Algo llama inmediatamente la atención: el instante no tiene que ver con el fluir del tiempo, de hecho, ni siquiera fluye. Los instantes que nos presenta

Benjamin se sitúan en un espacio, el espacio de sus recuerdos, de los detalles que permiten tales recuerdos y les conceden el carácter personal de su autor. A esto se debe la obsesión por Proust presente en todo el libro: el tema principal de *Crónica*, más que los recuerdos en sí mismos, es el cómo se llega a ellos, *cómo* recuerda Benjamin, esto es, a qué se adhieren las rememoraciones narradas y qué les permite sobresalir de entre toda la serie de sucesos de una vida.

Los recuerdos de Benjamin tienen su origen, pues, en detalles, en lo pequeño, en algo que quizá no llamaría la atención para el observador común y que, sin embargo, para Benjamin adquiere el carácter de posibilidad, de punto de arranque para la fantasía del autor, esa fantasía que «una vez que ha logrado extender su velo por alguna zona, no puede evitar que sus bordes se plieguen caprichosamente» (58). Antes que en determinada figura de una estatua, el recuerdo de Benjamin se detiene en el acceso a ella. Se trata constantemente de mostrar la fascinación instantánea, el detalle que crea su propia posibilidad de ser recordado. Ahora bien, y esto es lo característico de Benjamin en sus paseos por la ciudad, en su deambular por la infancia: los detalles que crean recuerdo, que crean instante, tienen siempre que ver con el espacio. Es éste el que permite confeccionar un mapa, una cartografía en el recuerdo y en el modo de recordar, que posibilita superar el tiempo, romper la relación recuerdo-tiempo y dar lugar a una realidad plegada, asentada siempre en la conexión con lugares y con los detalles que los caracterizan más propiamente.

Por esto la ausencia de relato en *Crónica*: «De ahí que el recuerdo no deba avanzar como si fuera un relato (mucho menos como una información sobre algo), sino de un modo épico, rapsódico, en el más estricto sentido de estos términos, intentando remover nuevos lugares, ahondando siempre cada vez más» (43). Es, pues, el espacio y no el tiempo el protagonista del recuerdo. Se trata de revolver, de diseminar, escarbar en el espacio de lo cotidiano y dar lugar a ramificaciones siempre nuevas, siempre ya presentes y, sin embargo, ocultas en el espacio de los detalles, de lo pequeño, de lo microscópico.

El instante tiene que ver con el espacio, los detalles remiten a la posibilidad de creación del instante. Falta un tercer elemento, el que vincula instante y detalle, el que se muestra como medio de representación de las imágenes rememoradas: «Este medio es la presencia del escritor, y sólo a partir de ella pone éste algún sesgo nuevo en los acontecimientos de su experiencia, reconociendo en ellos nuevas y sorprendentes ramificaciones» (27). El instante es, de este modo, doblemente creado. por un lado, a partir del detalle, del umbral que permite el acceso a él y posibilita esa fascinación súbita; por el otro, a partir del escritor que encuentra el detalle, que se sumerge en las ramificaciones de las imágenes, de las situaciones anteriores. Es Benjamín como escritor el que crea sus recuerdos, sus instantes, y los crea en el momento mismo de encontrarlos. De nuevo el mismo proceso: «Esta felicidad que yo recuerdo viene acompañada de otra felicidad, la de poder recordarlo»

(71). El regalo del instante, así llama Benjamin a ese poder, se configura en su estado de espera. El instante aguarda, espera su propia creación en tanto sabe que el escritor encontrará el detalle que permita su aparición, y es que el simple hecho de encontrar detalles es ya de por sí crear instante, la creación de algo ya sido que esperaba.

Si en *Crónica* los detalles e instantes se encuentran en los paseos, en los recuerdos de Benjamin, en *Personajes alemanes* se hallan en los textos de una serie de cartas que aluden de forma constante a los segundos términos, bien sea por pertenecer a personajes en cierto modo secundarios en la historia alemana, bien por tratar rasgos accesorios de la vida cotidiana de los grandes genios. Y, sin embargo, el proyecto es muy similar al de *Crónica*. Benjamin intenta mostrar secretos, hacer públicas intimidades de determinadas figuras de la historia; con ello no pretende únicamente encontrar las raíces de una *Alemania secreta*, o dar razón de cómo ya en la Ilustración se encuentran los gérmenes de consecuencias muy posteriores, o, sin más, mostrar los entresijos de toda una época, de todo un siglo. *Personajes* es todo esto y más. El simple hecho de fabricar un texto con escritos ajenos debe tener una intención mucho más amplia. Ésta ya se encontraba mencionada en *Crónica*, aunque, es cierto, con un sentido diferente: «Creo que si pudiera hojear de nuevo mi colección de tarjetas postales podría llevar a encontrar en ella alguna explicación para mi vida posterior» (55). Esto es precisamente lo que hay que tratar de aclarar.

Al traducir *Menschen* por *personajes* se nos permite entender la obra de Benjamin de un modo ambiguo, siendo precisamente esa ambigüedad la que le confiere su sentido más propio. *Personajes* refiere por un lado a *personalidades*, a alguien importante, destacado en un determinado ámbito, pero también puede referir a los *actores*, a los papeles que se representan en una determinada historia. Los *personajes* de Benjamin son personalidades, más o menos importantes, pero, a la vez, son diferentes actores en el conjunto del texto: los personajes de la historia titulada *Personajes alemanes* son diferentes personalidades de la cultura alemana en una determinada época que se presentan mediante textos propios.

Hay, pues, una superposición de niveles: encontramos, en primer lugar, los textos de las cartas, pertenecientes a cada uno de los autores que las firman; en segundo lugar, podemos ver esos mismos textos como elegidos por Benjamin, transcritos, formando parte de un libro de Benjamin. Esto no es una simple curiosidad: en todas las cartas se puede encontrar algo característico de Benjamin (Annette von Droste-Hülshoff era coleccionista de objetos extraños; Forster siente más que una inclinación por la lejanía y los límites; Pestalozzi insiste en que la ciudad es el mejor lugar para ver a la amada...). Son, como mostraba el texto de *Crónica*, aunque éste se refiriera a las postales recibidas por él mismo, una explicación de la vida posterior... de Benjamin. Esta es la ambigüedad del libro, el juego entre lo objetivo y lo privado, la formación de esa *tradición*

viva a través de la supresión de la distinción entre hombre y autor (en los dos niveles: personajes importantes ante el detalle de su vida cotidiana, Benjamin como autor ante el personaje escritor de una carta), que hace posible llegar a Benjamin a través de textos que se apropia, de vidas que «desprivatiza». Si en *Crónica* veíamos a Benjamin a través de otros autores, de textos no propios, vemos cómo va apareciendo el Benjamin que conocemos en medio de una serie de cartas no escritas por él mismo, pero que devienen suyas no sólo debido al comentario que las acompaña, sino también al hecho de conformarse como personajes de su obra.

Los contenidos concretos de las cartas que llenan *Personajes* son de lo más variopinto. Todos tienen en común la presentación de caracteres típicos de la burguesía alemana de los siglos XVIII y XIX, haciendo hincapié en lo más cotidiano, muchas veces en lo banal. Lichtenberg aparece llorando la muerte de la muchachita con la que convivía, Seume escribe al marido de su antigua amada, el hermano de Kant cuenta a éste lo contento que está con sus hijos, David Friedrich Strauss lamenta la muerte de Hegel, Jacob Grimm narra los problemas en la redacción de su diccionario de la lengua alemana, repartiéndose las letras con su hermano... Esta última carta mencionada es un buen ejemplo del tono global de la obra. Si pensamos en una carta de J. Grimm sobre el diccionario alemán, enseguida imaginaríamos un texto grandioso sobre el lenguaje, o sobre los diccionarios, o sobre la lengua alemana en especial, y, sin embargo, lo

que nos muestra la carta transcrita por Benjamin es la dificultad en el reparto de las letras con el hermano, los problemas de trabajar en compañía, etc. Este juego de los detalles, de lo insignificante que rodea una gran empresa es lo que remarca Benjamin. En el comentario a la carta del hermano de Kant incide en algo que puede entenderse como lema de todo el conjunto de cartas (sin corresponder exclusivamente al tema de la Ilustración): «Cuando se está hablando de la humanidad no debe olvidarse la estrechez del aposento burgués en el que nació la Ilustración» (85).

En uno de los últimos textos, en el que Goethe escribe al hijo de un conocido recientemente fallecido, encontramos tanto la conexión con *Crónica* como la explicación de esta colección de cartas. Afirma Goethe: «Entre otras muchas, la escurridiza vida posee esta extraña singularidad: la de que, tan embebidos en la actividad como estamos, tan deseosos de placer, raras veces sabemos apreciar y retener las peculiaridades ofrecidas en el instante» (133). Todo el libro de Benjamin intenta apreciar y retener el instante, hasta el punto de darse cuenta de que el verdadero interés no se encuentra en el instante mismo, sino en la posibilidad de su creación, creación a partir de detalles encontrados tanto por el escritor como por el recopilador de cartas, una única persona. Comentando el texto de Goethe citado, escribe Benjamin: «Hermoso es el instante pleno conservado en estas cartas, tanto el instante que permanece elevado como el que apenas nos anuncia el final de la vida» (135).